

GRACIELA CABAL

SECRETOS  
DE FAMILIA



Cabal, Graciela  
Secretos de familia. - 1a ed. - Ciudad  
Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.  
320 p.; 14 x 21 cm.

ISBN 978-987-628-372-4

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título  
CDD A863

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: noviembre de 2015

© Graciela Cabal, 1995

© De la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521  
08029 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2° piso C  
C1054AAT Capital Federal  
Tel. (11) (11) 5032 7069  
Argentina  
E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

ISBN: 978-987-628-372-4

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por El Ateneo Grupo Impresor S. A.

Impreso en Argentina

Corro, me tambaleo, chillo. Un golpe más fuerte arrastra el balde y me hace huequitos debajo de los pies.

Mi mamá recoge la espuma marrón y me frota, porque el yodo fortifica. Después me hace respirar hondo y juntar aire puro para el invierno.

Me gusta el mar. Me gusta el olor a sal y a óleo calcáreo. Me gusta mi malla, que es floreada y tiene pollerita. La malla de mi mamá es gris, con hilos plateados igual a las que usan las artistas.

Mi papá llega agachado: es una tortura la malla que mi mamá le alquiló. Mi mamá se tiente de risa porque mi papá metió la cabeza por un lugar que no era para la cabeza, y mi papá se ofende.

El sol lo mata a mi papá, porque él es blanco como la leche. Yo también soy blanca como la leche, igual que mi papá; por eso siempre tengo que llevar puesto el gorro *Gath y Chaves*, para que el sol no me quemee los sesos, dice Gran Mamá.

Por la playa se acercan un señor y una señora, todos vestidos: la señora tiene traje blanco, largo, y sombrero con flores; el señor va de negro. El señor de negro se agacha y me alza. “¡Linda nena! ¿Cómo

te llamás?”, dice. “Putá”, le digo yo al señor, que es un Presidente de la Nación.

Mi mamá dice que yo soy muy boca sucia porque me copio de mi papá, que es muy boca sucia.

Me despierto llorando. Desde la cama grande llega la voz de mi mamá: “Son los gallos que cantan, nena”.

Los gallos me asustan. A los gallos alguien los está lastimando. Grito, me tiro de la cuna. “Son los gallos, nena. ¿Qué le pasa a esta chica?”

En el comedor del Hotel Cánepa todos nos miran. “¿Te das cuenta, el papelón?”

Mi mamá hace las valijas y nos vamos para la casa de mis primos, en Punta Mogotes.

Lejos del agua, para que no se lo lleve, mis primos y yo armamos un castillo.

Mi papá se acerca. Mi papá no tiene malla: va vestido como un Presidente de la Nación y con valija. Mi papá me levanta y me da un beso porque se va. Y yo no quiero, no quiero, no quiero.

De la rabia me como un caracol, con cáscara y todo.

“Esta noche te vas a morir”, me dice mi prima la de cinco.

Volvemos a la casa y los alemancitos de al lado nos gritan “¡Indias!” y nos tiran piedras. “Los alemanes son

malísimos”, dice mi tía. “Hacen la guerra.” “¿Dónde está la guerra?”, pregunta mi prima la de cinco. “Lejos. Pero a la guerra van los hombres”, dice mi tía.

Yo lloro: ¿mi papá se fue a la guerra?

“Llora porque se comió un caracol y esta noche se va a morir”, dice mi prima la de cinco. Y se ríe.

## 2

Tengo una mancha verde en mi vestido blanco. La mancha es de pintura. Estoy en el lavadero de una terraza llena de sol, con un gato blanco y gordo, un perro enrulado, el Coco, y Gran Mamá, que me agarra fuerte porque tiene miedo de que me caiga y me mate.

En la galería hay vidrios amarillos y violetas. Estiro los brazos para que Gran Mamá me alcance: me gusta mirar las rosas amarillas y violetas que están del otro lado.

Las paredes son oscuras y tienen cuadros. Gran Mamá es pintora. Yo también quiero pintar y mancharme los dedos y la ropa con pintura, y que me den una caja de lata llena de pomitos arrugados.

Gran Mamá se pasa mucho tiempo en la cama y a oscuras, porque siempre le agarra la ceguera, de los disgustos. Pero cuando yo llego de visita se levanta

enseguida, me hace pan con ajo para las lombrices y me lleva a la sala. En la sala está el piano. Gran Mamá se sienta y toca *Amor y primavera* con los ojos cerrados.

En la sala también hay sillones y estatuas. Y mesitas de patas altas con helechos.

Y están los retratos de los muertos de la familia.

En las Navidades y en el Día de los Fieles Difuntos los retratos de los muertos se adornan con hojas de laurel o con ramitas de los sauces que crecen en la Plaza Garay, al lado de la estatua del indio.

Y en Año Nuevo, la araña de caireles se llena de hilos plateados que ondean cuando alguien abre las ventanas que dan a la calle Cevallos.

Para no ver a nadie de la familia, mi abuelo duerme de día y se levanta de noche. Pero los domingos se levanta como todo el mundo porque mi mamá y yo vamos de visita, y a nosotras sí nos quiere ver, y siempre nos prepara pasta frola o ravioles rellenos con las hojas del zapallo. (Mi tía la soltera me dice que no coma la comida de mi abuelo porque él cocina todo con huevo podrido.)

Mi abuelo también pinta, pero no tanto como mi abuela, y toca el piano cuando voy yo. A mí me gusta que toque *Barrilito de cerveza*, así yo bailo.

Siempre me da sorpresas mi abuelo. Y los domingos va a abrir él la puerta, con careta o con nariz postiza y bigote, y cuelga banderitas de colores por todos lados,

como si fuera carnaval. Después me sienta en la cama de él, que es muy alta, y me cuenta cuentos. Pero no los inventa: me los lee del *Tesoro de la juventud* o de *Las mil y una noches*.

Muchos libros tiene mi abuelo, y muchas revistas. Por eso hay rico olor en la pieza.

Gran Mamá arma el árbol de Navidad y yo la ayudo. Lo armamos el Día de la Virgen, para que dé suerte.

En Nochebuena nos juntamos la familia entera. Entonces todos aprovechan y se pelean. Gran Mamá, mi tía la soltera y mi papá se pelean con mi abuelo. Mi mamá se pelea con Gran Mamá y con mi tía la soltera. Mi papá se pelea con mi mamá. Mi abuelo no se pelea con ninguno, pobre mi abuelo, porque él mucho no se da cuenta de que los otros están enojados.

Yo no quiero que se peleen y entonces voy y digo: “¡No se peleen! ¡No se peleen!”. Pero nadie me hace caso.

Al final comemos separados: primero comemos mi mamá, mi abuelo y yo. Después comen mi papá, Gran Mamá y mi tía la soltera, y mi mamá llora.

El reloj toca las doce y aparecen los regalos. Todos nos damos un beso. Pero si yo le doy un beso a mi abuelo, mi tía la soltera no me quiere dar un beso a mí. Regalo sí me da, beso no.

En Nochebuena no hay que levantar la mesa: hay que dejarla como está, con miguitas de pan dulce, confites chupados y otras golosinas. Así los ángeles aprovechan y se dan la gran panzada.

Mi mamá y mi papá se pelean aunque no sea Nochebuena. Ellos se pelean todos los días, a la hora de comer.

Cuando yo sea grande no me voy a casar, así no tengo que andar peleándome y que después me duela la barriga.

Lástima que yo quiero casarme para ponerme vestido de cola larga y tul en la cabeza y que me toquen la música, como me contó mi mamá.

A lo mejor me caso.

A mi abuelo le gustan los cohetes.

Es Año Nuevo y mi abuelo me está esperando con una caja enorme. Sin que nadie nos vea, mi abuelo, el Coco y yo subimos la escalera de la terraza. Mi abuelo abre la caja: hay cohetes, rompeportones, cañitas voladoras y otras cosas peligrosísimas para los niños. Lo mejor es un globo gigante, colorado y amarillo. Mi abuelo cierra la puerta de la terraza con tranca para que nadie nos jorobe la paciencia, y enciende el globo, que sube y sube y se pierde allá arriba. Yo salto, grito. El Coco ladra al cielo y



mueve la cola. Mi abuelo mete los cohetes adentro del tacho de lavar la ropa de Felisa; después agarra un montón de botellas vacías y a cada una le acomoda una cañita. Yo quiero ayudar. “¡Quedate quieta!”, dice mi abuelo. “¡Coco, cuidá a la nena!” Y entonces enciende todo: primero las cañitas, después los rompeportones y los cohetes.

¿Se viene abajo la casa? Yo no lloro porque soy una nena valiente, pero el Coco quiere tirarse a la calle. Gran Mamá, mi papá, mi mamá, mi tía la soltera y Felisa patean la puerta para voltearla, pero no pueden por la tranca. Los vigilantes, que llegan porque en el barrio creen que hay tiroteo en la familia, gritan que abran la puerta a la autoridad. Hasta que mi abuelo abre y todos le dicen malas palabras, pobre mi abuelo.

Gran Mamá y mi tía la soltera lloran, Felisa barre, mi mamá está tentada del susto y mi papá le dice a mi abuelo que es un viejo loco, y que parece mentira, todo un señor mayor y para peor escribano, y que menos mal que él, mi papá, es maestro y presidente del Hogar Policial, que si no, mi abuelo iba preso.

“La nena me pidió”, dice mi abuelo. Y yo lo definiendo, aunque diga mentiras, y lo abrazo de las piernas para que no se lo lleven, y digo que si mi abuelo va preso, yo también. Y el Coco.

Felisa vive en el cuartito de la terraza y siempre lleva delantal azul.

Felisa me sienta en la mesa de la cocina y hace magia: corta tiras de papel de diario, las dobla prolijitas, les hace agujeros con las tijeras y “ábra-cadábrapáta-decábra... Soplá aquí...”. Yo soplo y aparece una coronita que Felisa me prende en la cabeza con un alfiler de gancho y un malvón. Como no me dejan tocar las tijeras, yo no puedo hacer magia. Lo que sí puedo hacer es barcos. Barcos grandes hago, con *La Prensa*, y los lleno de personas: chicos peinados con *Glostora*, artistas de la radio y enfermeras con uniformes que Felisa recorta de las revistas.

Felisa me dice: “Vamos al cine”.

Por la escalerita de hierro llegamos a la terraza. “Es acá.” Y nos sentamos en el suelo, la espalda contra la pared.

Felisa señala el cielo colorado: “Ese dragón se quiere comer a la princesa”. ¡Sí, tiene razón Felisa! ¡Allá está el dragón, de cola en punta y echando fuego por la boca abierta! Pero no veo a la princesa... “¿Dónde, dónde?” “Allí, la de la trenza larguísima y zapatitos de tacón...”

### 3

La casa de mis abuelos es grande. Mi casa es chica pero tiene patio y plaza, que es como otro patio.

En el patio de mi casa mucho no puedo jugar porque da a una ventana: la de la Enfermera del Rawson, que es malísima y siempre nos dice porquerías horribles a mi mamá y a mí. Mi mamá me pide que no le cuente nada a mi papá, pero yo le cuento igual.

“¡Limpiaescupideras!”, le grita mi papá a la Enfermera.

“¡Muuuuu!”, contesta ella.

“¡Mándeme a su marido que yo no peleo con mujeres!”, grita mi papá.

“¡Muuuuu!”, contesta ella.

Mi mamá, de la vergüenza, se esconde en el baño y se tapa las orejas.

Mi casa tiene dos piezas: en una se duerme y en otra se come. En la que se duerme está mi cuna y mi roperito. Y también está la cama grande, con sus mesas de luz, el ropero, con su espejo, y el tocador.

Mi cuna es blanca y tiene barrotes altos así no me caigo y me rompo los dientes. En la cabecera de la cuna mi mamá me colgó el Ángel de la Guarda, dulce compañía, para que me haga buena y me traiga lindos sueños.

En mi roperito están los vestidos que mi mamá me cose y otros que me regala una señora del barrio, que es riquísima y tiene un hijo bobito. (El bobito es alumno de mi papá.)